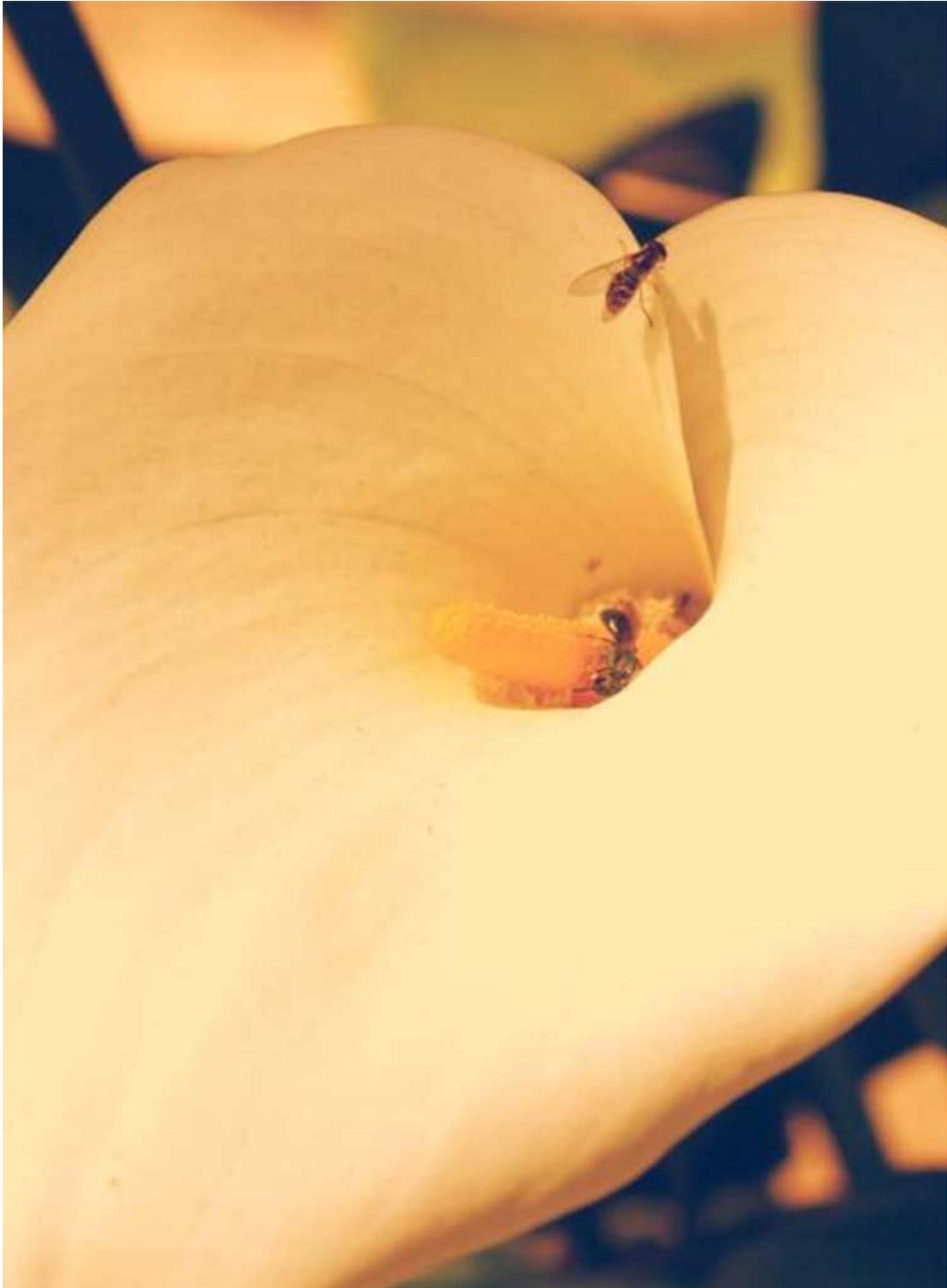


En la periferia

Ariel Pérez



Capítulo 1

Miel de cala

Ahí estaban las abejas succionando el néctar de las flores de cala.

-Horribles – comentó -. Son flores de muertos.

Es decir, hacían la miel para los muertos con el néctar de las calas. Una especie de poción para esqueletos con tos. Eso me llamaba la atención porque debía haber también una especie de té para muertos. El té negro; el té magro. Algo así. Tonterías que se me ocurrían para no caer en esos comentarios banales sobre las flores.

-Además, no tienen pétalos... Es como un pétalo solo enroscado.

Era muy práctico eso de un único pétalo. Todavía no entiendo por qué no le agradaban. A ella, que tanto le gustaba eso del *me quiere-no me quiere*, no le agradaba esa flor *unipétala*; el me quiere eterno. Su capricho más grande impuesto en una flor. Una flor espantosa, por cierto. En eso no la iba a contradecir.

Se aferró a mi brazo para ver lo que yo observaba. Supe, sin mirarla, que había abierto grande los ojos. Sobre todo, al escuchar su siguiente frase y su entonación característica.

-Hay abejas, cuidado.

Sí, hay abejas, ya lo había dicho al principio. Dos. Pero ella no me escuchaba. No le respondí y me centré en los insectos. Parecía que a las abejas no les importaban los comentarios *necrofóbicos* y *anthofilafóbicos*; hacían su trabajo sin espantarse de La Parca, que esperaba la miel. Ni siquiera se espantaban por nuestra presencia. De más lejos (y es que hice un ligero paso hacia atrás) se las veía duras, inmóviles, concentradas. Pequeños puntos negros en ese blanco suave del alcatraz que las apresaba. Y eso era: una cárcel. Una definición perfecta de su ser (y disimuladamente tiré de mi brazo para soltarme). Horrible cárcel para abejas y muertos. Donde las primeras trabajan, porque, a pesar de la distancia y su quietud, yo sabía que chupaban la cala *per morte, unipétala*, *endomequerida*, y los segundos, apenas si tienen un R.I.P. en un cacho de piedra llamado lápida, como cabecera de su último catre, en aislamiento.

- ¿Me querés? –me preguntó descaradamente.

-Mucho –respondí continuando con mi labor de hacer miel. Una miel amarga. Pues, sólo las abejas pueden hallar la amargura de la miel. Y sin embargo la siguen haciendo para la reina y sus zánganos amantes. No todas las abejas estamos destinadas a engendrar y a tener cariño. Verdadero cariño y no un maldito *me querés* de flor de cala, de un pétalo tan blanco como un corazón sin sangre.

Me dio un beso casi en el oído y creo que señaló hacia otro lado. Yo seguí mirando la cala y sus abejas.

-Prefiero mil veces las margaritas que están allá.

Bien sabía yo que esas eran las que decía preferir. Allá ella con lo que diga. Me doy cuenta cuando cambia de tema (o de flor) para desviar lo que yo sé y ella no sabe que yo sé. Y una de las abejas se posó en ese gran falo amarillo de la cala. Y esa no era yo. Yo aún rondaba por la blancura del pétalo haciendo no sé qué cosa. Esa era el otro. El que realmente chupaba el néctar. El que a mis espaldas succionaba la esencia de la prisión. El gran polinizador. Y yo, haciéndome el distraído, caminando por el pabellón blanco, queriendo salir de ahí, queriendo volar pero sin poder lograrlo. Eran los barrotes de néctar que mis sentidos percibían. Algo totalmente desesperante.

-Buenas... -Escuché.

Contra mi voluntad, tuve que voltear. Detrás nuestro había aparecido quien faltaba. Ella giró y lo saludó alegremente con un abrazo. Yo hice un gran esfuerzo para parecer amable, creo que fracasé y volví a la flor.

-Hablamos de las flores –comentó ella.

-A mi gustan las margaritas.

Otro mentiroso.

-Justo era lo que le decía...

Un pájaro cantó en el sauce llorón que nos daba sombra. Desvié mi mirada hacia allá buscándolo, pero no lo vi. Estaba oculto en esas lágrimas verdes que chorreaban desde las ramas. Me encogí de hombros, a fin de cuenta, qué nos importan, a las abejas, los pájaros. La reina ya no estaba a mi lado, la otra abeja tampoco. Se dirigían a la hermosa margarita, esa flor que afirmaban tanto gustarles a ambos, y que tan poco los representaba. No sabía si seguirlos o no. Pero ella volteó y me llamó con la mano, así que fui para allá. Las abejas siguieron en su cala, y me di cuenta que ninguna de las dos había reparado en la presencia de la otra, o

tal vez sí, pero disimulaban como nosotros y como ella, la elegante y venenosa cala, la flor de los muertos, la flor de él y la mía.

No sé cómo terminará todo esto, si es que alguna vez termina. Si es que mi hermano alguna vez blanquea la situación, si terminaremos acuchillándonos con nuestros agujones, o si tan sólo seguiremos haciendo miel de una misma flor, hasta que el néctar se consuma. Hasta que un día nuestra reina, aburrida de sus obreros, vuele con su culo enorme hacia otro panal.

Capítulo 2

Vórtice

Un vórtice es un flujo turbulento en rotación espiral con trayectoria de corriente cerrada. La vorticidad es un concepto matemático usado en dinámica de fluidos, y se define como la circulación por unidad de área en un punto del flujo. Es una magnitud vectorial, con una dirección que es el eje del remolino. El Universo es una bañera. Sin el tapón, va desagotándose y el agua se va escurriendo, formando un vórtice con eje en la cloaca.

No eran, sin embargo, las dinámicas de fluidos ni la matemática lo que le interesaba en ese preciso momento. Ni siquiera el movimiento vórtico que pudiera tener el universo. Más aún, el universo no era de su interés, pues éste ya era (o no era) nada. Y era (o no era) nada desde el momento en que ella lo había pronunciado. No es que ella hubiese dicho que el Universo era (o no era) nada, así, tan abiertamente, delante de todo el mundo, mientras el mozo ya se alejaba después de servirles un cortado para él y una lágrima para ella.

- ¿Qué pasa? -había preguntado él.

-Nada -Había respondido ella, quitando el tapón de la bañera, para que el universo comenzara a irse.

Y no pudo evitar sentirse chupado porque, aunque no le interesara el universo y mal le pesase a Dios, él era una parte cuantitativa y cualitativa del universo. Una micro partícula pegada a una partícula de sarro diluida en el agua del todo. No podemos decir que entendió, pero sí que intuyó, como intuye una gacela que un león la está devorando y que pronto ya no será, que todo estaba siendo absorbido por la nada, en forma circular, turbulenta, con trayectoria de corriente cerrada.

Desde una perspectiva menos universal, como si ya no estuviéramos dentro de la bañera y en cambio, nos detuviéramos, mojados y con la toalla envolviéndonos, a mirar como el agua gira y desaparece por el desagüe, la masa del fluido se nos podría antojar una especie de cono estático con punta al suelo, que luego podríamos dibujar en una hoja con grotescos trazos, como en su momento él había trazado, al dorso de la carta que ella le había dado unos días atrás, una ecuación que no llegaría a ninguna parte, quedando la hoja como una moneda con sus respectivas dos caras; Una simple carta de amor y una complicada ecuación absurda.

Pero todo esto sería absurdo, casi o más que la ecuación inspirada por un arrebatado de raciocinio, si no tuviéramos en cuenta las posibles causas que llevaron a crear esa nada que arrasa con el universo. Termina uno su baño cuando sale de la tina, se envuelve en una toalla y quita el tapón. Pues ha considerado que ya está suficientemente aseado, el agua está demasiado fría, o se hace tarde para lo que resta hacer en el día. O tocaron el timbre ya varias veces. O hay otras personas que quieren utilizar las locaciones. O nos aburrimos de estar ahí. O tuvimos el pensamiento cuasi paranoico de que podríamos desvanecernos de lo cómodo que estamos y morir ahogados sin siquiera darnos cuenta. Y entonces es mejor salir y con cuidado a no resbalar.

Pero volviendo al bar, y aquella palabra pronunciada por ella que lo turbaba a él y al universo, con un mozo girando alrededor de las mesas, y las mesas girando alrededor de su mesa, Y su mesa haciéndose un embudo, con las tazas estirándose como bananas en sentido horario, él intuyó que todo estaba siendo absorbido por la nada que se había instalado entre ellos, en el centro de la mesa. El universo todo iba confluyendo en esa simple palabra. Desde la misma palabra ya absorbida en sí misma, las tazas de café combadas, la mesa, las mesas que rodea a esa mesa, los clientes, el mozo, los vinos, las ventanas y la puerta, los últimos rayos del sol, los cuadros decorativos, los sonidos de vajilla, todo el local. Pero también todos los locales de la ciudad, las oficinas, las hojas. Y los números, las letras y todas las palabras, los sustantivos, los adjetivos, los verbos en todos sus tiempos. El tiempo, todos los tiempos. Los recuerdos de él y los de ella. La carta de amor, la hermosa sonrisa que ella puso y que él no vio cuando la escribía, el obelisco y sus veranos, y sus otoños y sus primaveras y sus inviernos. El desgano con que él abandonó la ecuación cuando ella tocó el timbre de su casa. Su casa cuando aún tenía otros dueños. El mar que vio ella cuando tenía seis años, Poseidón, las flores que se marchitaron, los hijos que ambos tendrán dentro de tres años y los que nunca tuvieron, el joyero, la canción, las sorderas, las preguntas, las respuestas, los silencios y los ruidos. El caos. Lo inimaginable, el amor.

Y todo esto pasó en lo que tarda un cerebro en procesar una palabra, en inventar un significado acorde a las circunstancias en donde esta aparece, invento inspirado por el universo, una micro partícula del universo inventando un universo que es aquel significado. Y como un dios, el cerebro que creó, puede destruir del mismo modo. Hallar de lo absurdo una cadena que termina en un tapón y jalar, desagotar la bañera para volver a abrir la canilla.

Él arrastró su mano por el mantel desde su taza de cortado hasta los dedos de ella, cercanos a la porcelana que guardaba el café con una lágrima de leche. La volvió a mirar intentando una sonrisa. Ella lo imitó al tiempo que extendía su brazo para hacer contacto. Se quedaron así, mirándose unos minutos, dejando que el café se enfriara. Luego él alzó la

otra mano para llamar al mozo y pedir la cuenta.

Capítulo 3

Una mancha más

Dudo. No sé cómo decirlo. Pero sé que va a ser más fácil así. Sé que si te miro a la cara las palabras se me van a bloquear y no podré decirlo. Me sentiré ciertamente culpable por ello y te vas a dar cuenta de que algo pasa, pero no te darás cuenta de forma consciente, como engañándote a vos mismo, como ocultándote que yo te estaría ocultando algo, como si nada pasara, como si disfrutáramos de un helado en pleno invierno. Pero también sé que después de esta carta, cuando nos veamos, si nos vemos, espero que sí, pasará lo mismo, prácticamente lo mismo. No hablaremos de eso, ni de la carta, y tomaremos de igual forma el helado y yo sentiré cierta culpa igualmente. No de ocultártelo, sino de haberte contado, de hacerte sentir que de eso no se puede hablar, de que es mejor usar el tiempo para tomar un helado, para elegir los gustos, para mostrarme que te acordás que me gusta el helado de vainilla. Sí, me acuerdo que me miraste extrañado cuando te dije que me gustaba el helado de vainilla, que enloquecía con el helado de vainilla, que era lo mejor del mundo. Y me dijiste que no lo hubieras imaginado porque es un gusto de esos simples. Como que no me daba el perfil para el helado de vainilla. Y ahora pienso, me pregunto, si es más fácil recordar si alguien prefiere un gusto extravagante como sambayón o arándanos o menta granizada, o es más fácil recordar un gusto simple, clásico, de los que vienen en cualquier helado simple, de esos de tres gustos, de chocolate, frutilla y vainilla. Entonces pedirás más vainilla que chocolate con almendras, porque te gusta el chocolate con almendras. Vas a evitar crema del cielo, aunque te guste, aunque te encante, porque a mí no me gusta y no serán tiempos de mortificarme con crema del cielo, con las peleas que podíamos llevar adelante antes, cuando la crema del cielo se mezclaba con la vainilla. No vas a elegir crema del cielo. Vas a elegir chocolate con almendras y vainilla, mucha más vainilla y lo vamos a compartir, como antes. Y tal vez, repitas, lo de la simpleza del gusto en contraposición con mi perfil. Y tal vez ahí encuentre yo una especie de reproche. Como diciendo que así como me brota pedir vainilla, me podría brotar no haber escrito esta carta, algo más lógico, más simple, más vainilla. Citarte a algún lado, cualquiera, quizás a un café o una plaza, un día que no llueva, mirarte a los ojos y contártelo, aunque duela, aunque entristezca como nunca nada te entristecería. Y tal vez nos abrazaríamos y tal vez, no, seguro, romperías en llanto silencioso. Y me dolería, me entristecería como nunca nada me entristeció. Como gente normal, como gente que siente tristeza ante aquella situación, hasta que se dan cuenta que pierden el tiempo llorando por lo inevitable, o intentan evitar el dolor del otro y buscan desesperadamente calmarlo, consolarlo. Eso me reprocharás con tus ojos, o con pequeñas frases encriptadas, camufladas de inocente consuelo, o

como no pedir crema del cielo. Yo haré como que no me doy cuenta, para evitar que te duela más que lo que te esté doliendo. Por eso dudo, porque no quiero que te duela, pero va a ser más fácil así.

Estoy enfermo. No es una gripe. Quisiera que fuera una gripe. Así no te tengo que andar escribiendo esta carta. Porque sería ilógico que te escriba una carta para contarte que se me caen los mocos. O que tengo fiebre como 40 y que deliro y el delirio me hace escribirte la carta. No te escribí siquiera para decirte que te extraño y voy a escribirte para decirte que tengo gripe. No es lógico. Te daría aún más rabia que esta carta, porque esta carta te va a dar rabia. Porque te gustaba que te envíen cartas y esta te va a dar más rabia porque después no te va a gustar, quizás, recibir más cartas y ya no podrás decirle, preguntarle en forma irónica o retórica a nadie, no sólo a mí, que qué clase de loco manda cartas en el siglo XXI. Habiendo celulares, internet, WhatsApp, Facebook, Twitter o lo que sea que salga nuevo. Entonces no podrás enomarte de un loco como yo y tendrás que decantar por los idiotas que piden tu número o te buscan en el Facebook y por Messenger te dicen hola y te quieren mostrar la poronga por su webcam. O directamente van y te invitan a coger pero no se les cae una palabra que sea digna de tu amor. O quizás sí, encuentres a alguien bueno, correcto, divertido, justo para vos, casi perfecto para vos, como un psicólogo o un ingeniero que sí, derrame palabras dignas de tu amor pero que no te escribirá cartas, y que quizás por eso te enamore.

No tengo gripe. Estoy enfermo. El doctor dice que es terminal con todo lo que eso conlleva. Ya te lo dije, ya lo dejé plasmado en este papel. Me liberé, por así decirlo, de la carga de no decírtelo. Ahora que lo pienso otra de las razones por las que no te lo digo a la cara es porque te conozco y conozco tu manera de actuar. Sé cómo flota en vos una especie de positividad irrefrenable, una especie de búsqueda de reparaciones, de no creer en lo imposible. Y temo que te invada una desesperada, eufórica ilusión, una esperanza que hay que buscar a tientas, como ciegos en un mar de posibilidades, de ciencias, de siglo XXI. Sos capaz, te conozco, de gastar toda tu plata, vender el auto, vender tu casa, comerte bibliotecas, recorrer hospitales, recorrer toda la web, todas las páginas web, las clínicas web si eso existe, de comerte hasta el chamuyo de cualquier mano santa o curandero, en una remota isla del Pacífico Sur, por Filipinas o por ahí, o por Australia, y me quieras obligar a ir y yo tenga que aceptarlo, sintiéndome un pelotudo, un hijo de puta que te está haciendo gastar la plata. Para al final terminar sintiéndote un pelotudo vos porque todo fue en vano, al pedo. Aunque te quieras convencer que no. Aunque encuentres esa posibilidad, ese no imposible de convencerte de que hiciste todo lo posible, y que seguro lo hiciste, aunque fuera en vano. Y por eso también es que te acompañaría, me sometería a estupideces de las más variadas: velas, sahumeros, tarot, invocaciones al demonio, manoseos, a doloroso análisis clínicos, a viajar en aviones para ver a un tipo con impoluto delantal blanco que diga que no se puede hacer nada, y te destroce las ilusiones, que un poco ya se me habrían contagiado.

Porque siempre me contagio de tus ilusiones. Ahora no quiero contagiarme de tus ilusiones. Pero lo haría, todo por vos. Pero sería al pedo, en vano, porque es una enfermedad terminal o sea que me termina. Tarde o temprano, me termina. Y la idea de terminación, de finalización, me da pavor. Vos mismo me lo dijiste. Vos fuiste el que lo descubriste en su momento, me lo revelaste y yo lo negué, para contrariarte, para no darte la razón, la dolorosa razón, por el miedo que me daba que termines conmigo, que termines lo nuestro, por el miedo de terminar con esa discusión, que en ese momento nos mantenía, al menos hasta que terminara, unidos. Yo no sabía dar por terminada las cosas, y es cierto. Y es que me daba miedo, me da miedo. Miedo de no sé qué. Miedo de no saber cómo seguir con mi vida. Me había costado tanto terminar con lo anterior, con mi vida normal, con lo que creía normal, que ahora terminar con vos, acabar dejando al hombre que amé, al hombre que amo, era como dejar para siempre esa nueva vida, esa única vida que yo había transformado. No entraba, no entra en mi cabeza mi vida con otro. Y me dijiste, o creí entender, o entendí con el tiempo, que no era por vos, que no era realmente porque te amara, porque te ame. Era por este miedo a las terminaciones. O al cambio. Imaginá el miedo que puedo tenerle a esta terminación, a esta enfermedad terminal. Sabés que no creo en dios, Eso me duele. No, no me duele, me aturde. Me aturde pensar que todo termina, que no hay más nada. Me es inconcebible ya no pensar nada, no poder pensar que existo, porque no existo y no puedo pensar. Pero tampoco no puedo creer en dios. Quisiera poder creer en dios, poder pensar, asegurar, convencerme de manera indiscutible que hay un dios y un más allá. Que ese más allá es como dios dicta. Poder pensar que me equivoqué que no hay dios. Quiero poder convencerme de eso. Me he equivocado muchas veces. Vos sos mi aval en este mundo de que me he equivocado muchas veces. Soy el Señor Errores. Viviste, padeciste mis errores en innumerables ocasiones. ¿Por qué, si en cosas mucho más simples yo me equivoqué no podría equivocarme en esta, que es más compleja, más difícil de demostrar, más improbable? ¿qué le hace una mancha más al tigre? ¿Por qué no podría yo estar equivocado? ¿Qué tan pecaminosa sería esa equivocación? Deberían dejarme entrar a eso que llaman cielo. Yo no maté a nadie, traté de ser honrado, lo más que pude. Ni elegí amarte, ni le hice mal a nadie al amarte, quizás un poco a vos, pero estoy arrepentido de ello, de haberte hecho mal. Y además ¿qué le hace un mísero hombre, o alma, más al infinito paraíso? El cielo es infinito, entramos todos. No ocuparía tanto espacio, sobre todo si uno se hace alma ¿Qué espacio ocupa el alma? ¿Acaso no es como una manchita? ¿Como una nubecita, casi incolora? ¿qué le hace una mancha más al cielo?

Pero desgraciadamente no puedo convencerme, ojalá, antes de partir, ojalá me convenza. Casi no pienso en esas cosas, en dios, en el cielo. Solo a veces, como ahora. Por lo general, pienso en mi enfermedad. Mi enfermedad no sólo avanza por mi cuerpo, por mis entrañas. También avanza en mi cabeza, en mi mente. Es el centro de todos mis

pensamientos. Y si no es en ella directamente, es en todo lo que envuelve, en sus consecuencias. Quisiera saber detalladamente cómo actúa, pero no me animo a saber, a investigar. Sé lo básico, lo que los médicos dicen, que es bastante. Quisiera preguntarle al doctor si voy a agonizar, temo que sí, temo que va a ser muy doloroso. Esa es una razón por la que no le pregunto. Pero también, o, sobre todo, porque tengo miedo a que me describa una agonía mentirosa, compasiva. Que me halle en un momento agonizando y me dé cuenta de cuán grande fue la mentira médica, cuando ya no tenga ni ganas de quejarme de eso, o lo olvide, o sea al pedo, en vano.

A veces me pregunto qué es lo que va a pasar conmigo, con mi cuerpo, cuando ya no agonice, si es que agonizo, me temo que sí. O más bien me pregunto qué es lo que quiero que hicieran. Querer, no quiero nada. Preferir, no prefiero nada, tampoco nada me gustaría. Pero tengo que elegir, porque no tengo otra opción. Porque si no elijo otros elegirán por mí. Y cuando pienso que después, elija yo antes o no, terminarán haciendo, eligiendo otros, vos, mi madre, o quién fuera, y podrán optar libremente si hacer mi voluntad o no (si es que la elegí) y no podré protestar, y no podré siquiera darme cuenta de que eso no se cumple, me apabulla. No sé por qué, es absurdo. Jamás pensaría que vos o mi madre hicieran algo de mala fe. Tendrían sus motivos, nobles y buenos, como siempre los han tenido, eso me reconforta un poco.

La idea de estar bajo tierra, en una caja, a oscuras y sin aire, dejando que la naturaleza me vaya devorando la carne, no me gusta. Pensar en gusanos nunca me gustó. Es ciertamente absurdo, porque no podré ni ver ni respirar, ni moverme, ni siquiera pensar en lo que está pasando. Pero de todas formas la idea no me gusta. Pensé en la cremación. Pero otro tanto, aunque creo que decantaré por esto. Lo de las llamas no me gusta mucho, por lo de mis primos. No sé si quisiera estar adentro de una urna, aunque en cenizas, en tu casa o la de mamá. No se me ocurre un lugar donde me puedan arrojar. El mar, un río, alguna montaña, no sé, no se me ocurre. A veces sopeso otras ideas más extrañas, como una momificación, una taxidermia, pero me resultan morbosas, de mal gusto para cualquiera que la mire. Al final, será mejor que elijan ustedes, tal vez sepan mejor que hacer, no sé. Pero esta carta no era para eso, creo que aún hay tiempo para decisiones.

Sólo quería decirte que lo siento por todo, por esta carta incluso. Quería contártelo. Necesitaba contarlo, decírselo a alguien. Lamento si es un error, otro más. Lamento si te cargo de algo que no merecés. Lamento tantas cosas... Lamento que no estés acá. Lamento no haber sabido cómo apartarme, o cómo quedarme. Estar en el medio, quedarme en el camino inútilmente. Tal vez lo que nunca quise es vivir, o no supe, o tuve miedo. Y ahora que se avecina mi muerte (lo dije, al final lo dije) nada cambia. Ojalá que sí, ojalá que me salga de cualquier lado, una valentía que no tengo, y te llame, antes de que llegue esta carta, y te cite a algún café o

una plaza, y te mire a los ojos y, suavemente, te diga lo que me está pasando.

Capítulo 4

Equilibrio

Me aferro al pasamanos con tal fuerza que mis músculos se tensan. En la última frenada, casi me voy encima de la persona que viaja a mi lado. El colectivo está repleto. Sobrevuela un calor sofocante en el ambiente. Un olor a transpiración sin dueño. Un incesante balbuceo. Dejé el auto en casa. Necesitaba empezar a prepararme; comenzar a desaparecer. Hundirme en el anonimato. Mezclarme como un número de bingo, que gira alrededor de la ciudad. Los números de bingo saben cuándo es su turno de ser cantados; una idea que se me presenta como una manifestación divina, como a los profetas, como a los santos, los iluminados. Y casi sonrío mientras veo por la ventanilla, entre el paisaje de locales o entradas de edificios, la altura de la avenida para saber que aún falta un trecho para bajar. Pero no soy un profeta, ni un santo, ni un iluminado. Ni siquiera un jugador compulsivo al que le interesen los números del bingo. Sino que solo soy un hombre, que se aferra al pasamanos de un colectivo, formando artilugios mentales para creer que sabe lo que va a acontecer.

Soy encargado de planta en una fábrica. Tengo a mi cargo ciento cincuenta empleados. Tengo una oficina. Tengo una secretaria. Soy al que todos respetan, al que todos odian. Mi trabajo consiste en coordinar y controlar que se trabaje bien. Soy eficiente y disfruto del tiempo que paso ahí. Disfruto tener la responsabilidad. Tener el poder de decisión. Exigir. Sentirme superior. Busco una perfección, tal vez ilusoria. Y casi secretamente, tras mi cara imperturbable, disfruto castigar cuando es necesario.

Ayer tuve que despedir a uno de mis operarios. Sin entrar en detalles, el despido era justificado. Le pedí a Claudia, mi secretaria, que lo llamara. Y en el lapso desde que Claudia dejó mi oficina y el operario golpeó la puerta, solo atiné a cerrar los ojos y pasar la lengua por mis labios. Cuando le di el permiso de entrar y le pedí que tomase asiento, mi rostro ya era inexpresivo. Podría haber usado palabras compasivas, podría haberme excusado diciendo que la decisión no la tomaba yo; que yo no podía hacer mucho más que comunicar lo que mis superiores me habían mandado por mail. Pero no. Podría, ahora justificarme diciendo que lo hice porque al fin de cuenta es mi trabajo y responsabilidad -lo cual es cierto-, y me corresponde a mí dar la cara. Pero la verdad es que una parte de mí estaba disfrutando ese momento. Así que mantuve el silencio mientras lo observaba. Podía ver cómo intentaba esconder las manos temblorosas en un cruce de brazos. E intentaba un gesto de lamento, de arrepentimiento. Volví a lamerme el labio superior. Le pedí que explicara

lo que había pasado; yo lo sabía, como sabía que no iba a cambiar la decisión tomada. Pero algo me llevaba a escucharlo de su boca, con su entonación, que era como un suspiro, un pesar. Le dije que era un incidente grave, que no lo podía dejar pasar; que tenía que tomar medidas. Esperé que bajara su cabeza para anunciarle que estaba despedido. Entonces levantó nuevamente su vista y me miró perplejo. Y empezó a poner excusas y a pedir por favor. Me habló de su familia, de su hijo recién nacido, pero yo no cedí. Mientras él negaba con la cabeza yo esperaba con ansias que una lágrima le ruede por la mejilla. Detrás de mi rostro impenetrable, un secreto placer me invadía. Claudia entró en momento en que el despedido abandonaba la oficina y yo me lamía el labio superior. Ella no pudo disimular su pesar, ni pudo evitar desaprobarme mi mirada. No me dijo nada. Y así debía ser; es mi secretaria. Le exigí que se apurara con una documentación, que estaba atrasada, que no le pagaban para mirarme. La sensación de satisfacción se sostuvo en mí toda la jornada, comenzando a difuminarse, mientras me acercaba a mi coche. Sólo una reverberación de ese sentimiento quedaba, entrada la noche, mientras esperaba la pizza que había encargado, sentado en mi sillón frente a la tele, estando solo, sin más poder que el del control remoto. Mi cara se descomprimía. No necesitaba mantener una máscara. Me entró un malestar. No era algo físico. Era más bien como si se hubiera desequilibrado el mundo.

Claudia es mi secretaria en el trabajo; mi amante fuera de él. Aprendí a separar lo laboral de lo personal hace bastante tiempo. Aun no era encargado, pero sabía llevar lo negativo del trabajo a casa. Eso me costó el matrimonio. Por eso, con Claudia, tenemos como norma, nunca hablar de trabajo en nuestras salidas, y nunca hablar de nuestras salidas en el trabajo. En la empresa, es eficiente. Y aun así no dejo de exigirle siempre más. Sé que llega a su casa cansada y harta del trabajo y de su jefe. La primera vez que fuimos a cenar juntos, apenas dijo palabra. La notaba incómoda y se ruborizaba cada vez que no aguantaba la risa, ante algún tonto comentario mío. Me escuchaba atentamente cuando le hablaba de mi vida y me miraba con cierta admiración. Cuando ella hablaba de su hijo, un brillo inigualable le surgía en los ojos. Quiso pagar su parte de la cuenta y tuve que insistir para que guardara su billetera. Antes de bajar de mi auto, le di un tierno beso que la puso como un tomate y se perdió tras la puerta de su casa ya sin decir nada. Tardó tres días en animarse a enviarme un mensaje y decirme que la había pasado genial. Ahora, que ya nos conocemos bastante, sus mensajes son más secos. Como el que recibí ayer a la noche antes de irme a dormir: Mañana a las 8. Y sé lo que significa. Sé que su hijo se quedaría con los abuelos, que yo tomaría el colectivo. Sé que tengo que descender por la puerta trasera, caminar por la vereda y esperar que ella me abra su casa mientras comienza a latirme fuerte el corazón tras haber tocado el timbre.

Me recibe en cordial silencio. Me dice amablemente que pase. Lo hago. Y ni bien cierra la puerta, cubre su rostro y me obliga a arrodillarme. Me

pone su collar y voy perdiendo, en una temerosa incertidumbre, mi yo.

Debo lamer sus botas de cuero negro, si ella quiere. Debo escuchar sus humillantes adjetivos a mi persona. Debo hacer lo que ella ordene. Agradecer sus castigos. Y solo así, quizás, me deje alzar, por un tiempo, la cabeza para contemplar sus ojos celestiales que no pueden esconderse tras el antifaz. Si quiere escupirme, lo puede hacer. Si quiere azotarme sin una razón que mi mente pueda comprender, lo hará. Si quiere posar su taco aguja sobre mi tetilla izquierda y presionar, intentaré contener las lágrimas. En esos momentos mi cuerpo le pertenece para hacer lo que le plazca. También mi alma le pertenece. E intenta, por estos dos, leer mi mente, controlar mis miedos. Solo debo confiar en ella, solo puedo confiar en ella. Ella lo es todo, yo no soy nada. Si quiere que la complazca lo haré con devoción. Su placer es mi placer. Y solo eyacularé cuando ella me lo ordene sabiendo que de lo contrario me esperan castigos que ni siquiera puedo llegar a concebir. Tal vez, el peor de todos, es la desilusión en su rostro.

Es curioso sentir la necesidad de someterme a ella. Ser un esclavo. Un perro de esa madre soltera cuyo hombre que la embarazó escapó al primer test. De esa oficinista cuyo jefe parece nunca conformarse con sus esfuerzos. Una mujer sencilla que busca precios en la góndola de supermercados, que es amorosa con su hijo y va a la casa de sus padres todos los domingos. Someterme a ella, que le da vergüenza que la halaguen y dice no gustarle bailar. Es difícil saber sobre Claudia, saber lo que está pensando, saber lo que está sintiendo. Habla poco y duda mucho. Pero acá estoy y ahora mi cuerpo tiembla, cansado, dolorido. Estoy desnudo, en el sofá, en posición fetal. Con mi cabeza sobre su regazo. Siento un frío y un leve ardor cuando la gasa, empapada de agua oxigenada, toca los rasguños que me dejó en la espalda. Aunque tengo ojos cerrados, puedo adivinar su expresión de congoja, como si mi dolor también fuera suyo. Siento su mano maternal acariciando mi pelo. Esta noche ya no diremos más nada. No hace falta. El mundo está nivelado.

Capítulo 5

Zumbidos

Por más que quiera, no puedo olvidarte. Es así. Hasta el más mínimo movimiento del mundo me remite a vos: el zumbido insoportable del mosquito que sobrevuela mi oreja, en esta noche de verano, donde el sudor fluye en el estático movimiento de pensarte. Y lo intento. Me quedo acá acostado, pensando en cómo no pensarte.

Me tapo las orejas con la almohada, como tus manos podrían taparlas buscando dejarme sordo. En el silencio que se parece un ruido, una pequeña queja, como esas que sabés dejar salir de tu boca. Como un ruidito de labios cerrados: una eme interminable. Y me picás la panza agudamente; yo me cacheteo. Pero ya te alejaste volando; solo queda la roncha. Y sin embargo, sé que estás ahí, sobrevolando en la oscuridad, esperando el momento justo para acercarte a mi oído. Entonces tomo tus manos de algodón y las tiro fuera de la cama. Y sólo puedo pensar que hiciste lo correcto para que te escuche. Porque si me molesta que me toques, más me molesta escucharte, en esa forma fugaz, en ese silbido que se acrecienta en uno de mis oídos. Te escucho, chisteo para acallarte, te digo que calles, grito que te calles y sólo un instante te callás, para dejar paso al *iCallate loco de mierda!* que vendrá de la casa de enfrente. Algo que espero con temor, con cierta rigidez en mi mandíbula. Eso te gusta, eso es lo que realmente te gusta. Que todo el mundo me considere un loco. Y es que sí, me enloquece que sigas y sigas y sigas. Y seguís, después de ese intervalo de silencio, en el que esperaba un grito como respuesta a mi grito, pero que no llega jamás, porque mi mandíbula está rígida hace un buen rato, mordiendo los dientes tan fuerte que me duelen. Pensando en como no pensarte.

Intento levantarme de un golpe y las sábanas me atrapan. *No te vayas*, me decís y caigo al suelo. Y te desenrosco de mi pierna y la ira me arremete. Enfrento a la pared y la golpeo y la golpeo, hasta que el dolor llega a mi cabeza. Es la única manera de deshacerte, por unos hermosos segundos, en donde todo mi cerebro se enfoca en mi puño. Debo descender a mi mano, quedar mirando mis dedos endurecidos, que los veo en sombras, pero los sé rojos. La pared marcada. Allá están las marcas, ¿ves mi sangre? Soy humano. ¿Vos podés decir lo mismo? Realmente ¿vos podés decirlo? ¿Qué clase de ser humano persigue así a otro, en su habitación, acostado, alumbrado apenas con la luz de la calle, que entra precipitosamente por mi ventana, casi tan precipitosamente y fluidamente e invasoramente como vos? ¿Sos acaso la luz, como te dije alguna vez? La luz que me ilumina te dije. Qué absurdo suena eso ahora, en la distancia. En aquellas ocasiones, nos podíamos mirar a los ojos y ver

luz. Pero luz solar, no de LED. No esa luz con la que aparecés ahora, esa luz fría como la de las heladeras, en donde uno no puede distinguir el verdadero color de la carne (mirá mi mano gris, sé que es roja porque duele), en donde todo parece tan fresco, incluso el pasado. Porque, querida mía, lo único que te hace estar acá es el pasado. Y aunque ese pasado esté vencido, no notamos la diferencia. Y no pensés que estás mejor que yo. No. Que si yo no puedo olvidarte, vos no podés irte. Vos elegís menos que yo. Vos no podés irte. No te asustes. No es algo queelijamos. Podés ir a la cocina, preparar unos cafés, volver con las tazas, algunos biscochos y sentarte a mi lado. Beberemos el café en silencio. Comeremos alguna galletita. Luego lo olvidaremos todo y rememoraremos la verdad. Las palabras que nos dijimos aquella noche, cuando sentí un temblor extraño, cuando tu mirada era calurosa, luminosa, encandiladora, pero escurridiza. Frases cortas. Una charla casi forzada. Porque en realidad, no había mucho que decir. Disfrutábamos del silencio. Del desviar las miradas para volver a encontrarlas. De no tocarnos por miedo a romper el deseo de hacerlo. Pero al fin te toqué, tembloroso, con ese temblor extraño que ya no tengo. Acaricié tu mano. Juro que intento acariciar tu mano en la almohada, pero... Pero vos estás más allá de la pared, aunque te vea tomando el café, con la cucharita puesta en la taza, con esa costumbre de no sacar la cucharita de la taza después de agregarle cuatro cucharadas de azúcar ¡Cuatro! Como si no fueras tan dulce. Como si necesitaras convencerte a vos misma de no tenerla dulzura que te decía que tenías. Qué amargo era tener que discutir sobre eso.

A veces te recuerdo impidiéndome tomar el tren, obstruyéndome la puerta con los brazos mientras el guarda lanzaba por tercera vez el pitido. Yo trataba de correrte a un costado o vencer tus débiles brazos con mi pecho, pero faltaba un *NO* para que mis fuerzas fueran apenas un soplido apagado, apenas la expulsión del humo que veo salir de mi boca y que difusa el horizonte, y que expone los rayos de luz que desde la ventana se pegan a la pared. Era el máximo abrazo que recibía. Yo pechando tu antebrazo, vos braceando mi pecho para que me quedara en el andén.

Cuando pienso que si hubiera abordado ese tren ya nunca más te hubiera vuelto a ver, aunque viviéramos a dos cuadras de distancia, cavilo. ¿Cómo una puerta que se cierra y que avanza hacia un destino calculado, una próxima estación quizás, y que en algún momento de ese mismo día estará estacionada nuevamente casi en el mismo lugar, puede destruir todo un camino recorrido desde el día en que nos miramos y preferimos seguir juntos hacia la humareda que expulsa el diesel en aquella otra dársena, que es el futuro, sin meditar siquiera si avanzábamos hacia el abismo o hacia el cielo?

Y de nuevo ese pitido, agudo como son los pitidos de un chanco de tren y un pequeño paso tuyo hacia adelante, y las puertas que se cierran crujientes y se chocan entre sí. Un golpe seco. Y ahora la bocina del tren, y su avance, y la chica que nos mira desde su ventanilla y de la cual, por

un mínimo momento, me siento enamorado. Debe ser que sus ojos han demostrado un asombro por la situación. Eso me enamora. Eso y las vías del tren que va dejando el avance de los vagones. La yuxtaposición con los durmientes me excita. Los durmientes son como peldaños de escaleras hacia adelante. Uno deja de querer subir verticalmente y lo quiere hacer horizontalmente. Eso nunca lo entendiste. Tus brazos eran barreras a mi cruce de vías, a mi paso hacia aquel tren que se alejaba. Pero me excitabas también y lograbas deshacerme con tu boca. Como masticándome a cada beso. Yo desaparecía del mundo y cuando despertaba, estaba tirado en el mismo rincón de la cama de siempre. Jamás abríamos las ventanas o prendíamos una lamparita. No necesitábamos vernos, o tal vez, necesitábamos no vernos.

De esas noches que empezaban cerca de las dos y media de la tarde, recuerdo que jugábamos al tatetí imaginando el tablero en el techo. Yo siempre era la cruz, vos el círculo. De vez en cuando me dejaba ganar porque bloquear todas las partidas es aburrido. Y vos saltabas de alegría haciendo rechinar los elásticos de esta cama. Entonces yo sonreía porque sabía que la oscuridad tapaba mis dientes. En el fondo me sentía el ganador. Porque yo había elegido perder. Había vencido ese bloqueo de tus círculos.

Otras veces, simplemente nos quedábamos fumando, pasándonos el cigarrillo en plena penumbra. Y yo me preguntaba si ese era el símbolo de nuestra pasión, nuestra forma de hacer el amor, nuestra verdadera forma de hacer el amor. Todo se centraba en ese punto rojo que iba y venía de un lado a otro de la cama, dejando la ceniza entre las sábanas, haciéndonos tocar los dedos de una forma tan sutil, llenando el ambiente viciado de humo. Ahora, al machacar el pucho para apagarlo sobre el fondo del cenicero, me siento un onanista. Jamás usábamos cenicero. El cigarrillo se extinguía pasando el filtro después de haberlo tirado al suelo, sin ninguna preocupación, para comenzarte a besar, a fumarte por completo hasta que nos quedábamos dormidos acurrucándonos tiernamente.

Si al otro día estábamos de buen humor, salíamos a caminar o nos tirábamos en la plaza a dejar que todo pase. Hablábamos de amor y de lo necesario que éramos uno para el otro. Esas palabras siempre nos daban hambre; comprábamos un pancho y nos lo comíamos como la Dama y el Vagabundo lo hacían con el espagueti. De esos momentos recuerdo tus ojos, tus cejas arqueándose por la sonrisa manchada de Savora, mientras intentabas meterte medio pancho en la boca. Jamás llegamos a besarnos de esa forma, lo cual agradecíamos porque nos daba el motivo para volver a intentarlo la próxima.

Y cuando comenzaba a oscurecer y el tráfico estaba atroz, intentábamos cruzar la avenida por una esquina sin semáforo. Sentía un inmenso placer al estar entre los dos carriles, vos aferrada a mi brazo y los autos

zumbando de ambas direcciones. Cuanto más pequeño era el hueco entre auto y auto, y más teníamos que apurar el paso para no ser atropellados, mayor era mi felicidad.

Nos despedíamos hasta mañana, que podía durar semanas, te metías en tu casa y yo caminaba de vuelta a la mía, con ganas de volver a tocar el timbre para que me dejaras pasar. Pero no volvía, me quedaba con esa sequedad en la boca que me provocaba el masticar esos dos últimos maníes del paquetito que habíamos comprado. La lengua seca, la piel rojiza del maní entre el colmillo y el premolar, el ruidito que arruga la bolsita vacía. El encendido automático del farol de la calle, la triste luz artificial y las sombras de las ramas de los viejos paraísos que dejaban la vereda llena de pelotitas amarillentas y blandas, que se pegaban a la suela de mis zapatillas y me molestaban el andar. Y el tropezar con la baldosa, la misma baldosa levantada de siempre, que, no sé por qué, nunca esquivé.

Capítulo 6

Hígado con cebolla

*

La ventana de la cocina daba al patio delantero de la casa. Alicia podía ver a Dana revolcarse en la tierra. Luego, ladrar hacia la ligustrina que separaba la propiedad de la calle; una cuadra poco transitada, con árboles copados de hojas verdes recién brotadas.

-Perra estúpida - dijo en voz baja, casi para sí, mientras esperaba que Mauricio atendiera de una vez el teléfono. -Hijo de puta-. Cortó.

Dana se acercaba ahora al portón de rejas blancas, ladrando al hombre que pasaba. El hombre frenaba, le decía unas cosas a la perra que Alicia no podía escuchar. La perra callaba y dejándose acariciar, sacaba, jadeante, la lengua. Alicia dejó la ventana por un momento, volvió a oprimir redial y miró la hora en el reloj colgado en la pared, sobre el calendario con sus ocho primeros meses arrancados y tirados a la basura. Podía escuchar el monótono pitido que se repetía en períodos perfectos, pero Mauricio no atendía. Volvió a cortar. El extraño ya había desaparecido y la perra se divertía masticando sin piedad un muñeco, que sostenía con sus patas delanteras. Volvió a marcar. Contestador. Cortó. Hizo un gesto de fastidio y se dirigió al baño.

Llevó el teléfono inalámbrico en la mano. Marcaba, esperaba, cortaba.

-Andá a la mierda.

Dejó el aparato apoyado en el borde de la bañera, se lavó las manos, se las secó con una toalla y tomó el tubo, mientras volvía a la cocina. Dejó el aparato en la mesa. Lo miró, miró la heladera. Miró la ventana. La perra estaba echada boca arriba. tranquila por el momento. Tomó el teléfono, presionó send. Miró el teclado, sus diez números y el asterisco, y el numeral. Recorrió con su vista los números a marcar. Cortó antes de hacerlo. Tomó la rejilla y limpió la mesada. Se puso el delantal. Puso la tabla y fue hasta un mueble. Dejó las cebollas apoyadas sobre la tabla y fue en busca del teléfono. Marcó. La perra estaba haciendo pis.

-Sí. Hola.

-Hola...

-Hola...

-Hola ¿Me escuchás?

-Ahora sí. Qué pasa.

-¿Dónde estás? Te estoy llamando hace rato.

-En el negocio. Hay mucho laburo.

-¿Venís a comer?

-Sí. Por ahí, llego un poco más tarde.

-Hola... No te escuché.

-Qué sí- Dijo Mauricio levantando la voz- ¿Qué vas a hacer de rico?

-Hígado con cebolla.

-Cuando me desocupe un poco, me hago la escapada.

-¿Se vendió algo?

-Poco.

-¿Y qué mucho laburo me decís?

La perra recomenzó a revolcase en la tierra. Primero despacio.

-Negra, no me encargo de atender solamente; vinieron los proveedores.

-¿Trajeron los geranios?

-Ajá. Después te cuento. Lo tengo al proveedor en el mostrador esperando.

-Qué espere, ¿ahora no podés hablar conmigo?

-Negra, por favor...

-Por favor ¿Qué? Te estoy preguntando porque ayer a la tarde vino la vieja Walsh rompiendo las bolas por los geranios. Aparte, te lo digo, ya que tenés al proveedor ahí...

-Sí, te dije que sí.

-Habla fuerte, Mauricio; no te escucho.

-Qué te dije que sí. Los trajo y trajo los malvones y las rosas. Están fantásticas. ¿Le pido algo más?

A Dana se le dio por hurgar entre las plantas del jardín. Buscaba algún hueso escondido ya hace tiempo. Escarbaba la tierra que salía expulsada por detrás de ella. Alicia, que no había dejado de observarla, meneó la cabeza negativamente. Unos segundos quedaron en silencio.

-Hola. ¿Estás ahí?

-Sí.

Otro silencio.

-Hola. Qué pasa.

-Que la perra de mierda está arruinando la casa.

EL silencio se hizo más profundo. Las antenas y los satélites registraron esa nada y la expandieron hacia ambos extremos.

-Voy en un rato. Chau- dijo al fin Mauricio.

-Bueno- respondió Alicia -. Un beso.

-Chau. -Y cortó.

Dana estaba quieta, sentada en sus patas traseras, al borde de la ventana esperando la comida. Alicia tomó la cuchilla del cajón. Comenzó a pelar las cebollas.

**

El ruido de fritura sonaba como una interferencia que llenaba la paz de la cocina. Alicia sentía todavía un poco de ardor y humedad en los ojos. Sonó el teléfono.

-Hola.

-Hola, ¿Alicia?

-Y quién va a hacer, Sonia- Se limpió las lágrimas con la manga de la blusa.

-Bueno, che... Qué carácter. ¿Qué pasa? ¿En qué andás?

-Cocinando.

-Ah, ¿Qué estás haciendo de rico?

-Hígado con cebolla.

-Yo voy a hacer unos Patys para los chicos y listo. Viste como son los chicos... Ah, bueno, ustedes no tienen...

-Qué querés, Sonia.

-No, te llamaba para preguntarte si le pasó algo a Mauricio.

-¿Por?

-No, porque hoy pasé por el negocio y estaba cerrado. Quería unas fresias para llevarle a mi abuela. Voy a ir a visitarla a la vieja que hace mucho...

-Cerró temprano. Se fue a buscar flores.

-Ah, por eso del día de la primavera ¿No?, se va preparando de ante mano. Qué raro que no fuiste atender vos.

-Tenía cosas que hacer a acá en casa; Voy a la tarde.

-Claro. Que linda la primavera. Todos los enamorados, los estudiantes. ¿Te acordás de los picnics del cole? Los chicos. Bueno, vos lo conociste a Mauri en la laguna. ¿Te acordás?

-Si – dijo Alicia, entrecerrando los ojos. Puso el tubo entre el hombro y la oreja y fue a correr la sartén del fuego.

-Qué épocas. Para qué nos casamos, digo yo. Podríamos hacer un picnic ¿no? Aunque sea nosotras para tomar unos mates en el parque. ¿Vos cómo andás?

-Bien

Alicia fue a la heladera. Tomó el hígado, lo sacó de la bolsa y lo dejó caer en la tabla.

-Yo, acá. En casa. Aburrida.

-Se nota.

-El otro día lo vi a Mauricio. Estaba comprando cartulina. Para hacer los carteles del día de la primavera.

-Ah- dijo Alicia más concentrada en las achuras que en la conversación.

-Venía cargado con bolsas. Es un dulce. Ojalá Pedro me hiciera las compras a mí. Hoy vi los adornos, quedaron re lindos. Los hiciste vos ¿no?

-No.

-¿No me digas que los hizo él?; me muero. Las mariposas...

-Creo que sí.

-Mirá vos. Se da maña para todo.

Alicia se sopló el mechón pelo que caía sobre sus ojos.

-Bueno, negra, te voy dejando; Ya vinieron los chicos del colegio. Quedamos entonces para el veintiuno...

-Bueno, hablamos.

-Un beso. Saludos a Mauri.

-Chau -Cortó.

Con la cuchilla en la mano, se quedó mirando el hígado unos segundos. Después puso la sartén al fuego y echó los churrascos junto a la cebolla.

Dana movía la cola al ver a su dueño parado en el portón de rejas, al lado de su camioneta que estaba en marcha.

-¡Alicia! ¡¿Podés tener a la perra que se va a escapar?!

-¡No!-gritó Alicia desde la cocina -¡Estoy ocupada!

Mauricio hizo un gesto de fastidio.

-Salí, salí- le instaba a la perra mientras trataba de abrir el portón. Dana saltaba sobre él. Movía la cola, sacaba la lengua y tiraba ladridos ensordecedores. Mauricio la tomó del collar y la arrastró hasta la cadena. La ató sin dejar de pedirle que parase. Después volvió a la camioneta; la entró al jardín. No la guardó en el garaje. Soltó a la perra que no dejaba

de ladrar de emoción. Le saltó encima. Mauricio no dejaba de intentar alejarla de él.

Cuando entró en la casa, Alicia ponía los platos en silencio. Se le acercó y apoyó los labios en los de ella unos segundos. Mientras se dirigía al baño preguntó:

-¿Ya está la comida?

-Sí - respondió enfrentada a la piletta, mirando la mancha de grasa en un azulejo. Al voltear, su marido no estaba a la vista. Tomó la sartén y la llevó a la mesa. El vino ya estaba descorchado, el pan en rodajas, los vasos pulcramente dados vuelta, los cubiertos ordenados al costado de los platos de porcelana. Volvió Mauricio, tomó el control remoto, se sentó y encendió el televisor enfrentado a la mesa. Esperó que Alicia sirviera en su plato para sacar los ojos de la pantalla y enfocarse en el hígado. El periodista hablaba y hablaba. De vez en cuando la voz era interrumpida por el chocar de los cubiertos sobre la vajilla o un vaso que se apoyaba contra el mantel. Alicia comía despacio, sin apuro. Miraba el perfil del hombre que masticaba y escuchaba el noticiero concentrado en las imágenes y los títulos.

-Llamó Sonia.

Mauricio la miró a la cara, masticando un pedazo de pan. Tragó.

-¿Qué cuenta? -Preguntó y se sirvió vino. - ¿Te sirvo?

-No, gracias. Te manda saludos.

-Ah- tomó un trago y volvió al plato. Después a la tele.

-¿Vas a ir a algún lado?

-A buscar flores.

-¿No tenía el proveedor?

-No -respondió Mauricio -. Me dijeron que están más baratas en lo del chino.

Alicia afirmó sin palabras. Cortó un pedazo de hígado y lo introdujo en su boca. La perra rascaba la puerta.

-¿No le diste de comer?

-No.

-Por eso está tan rompe bolas.

-Me tiene podrida. Rompe todo. No deja de ladrar.

-Es cachorra. A parte vos querías un perro.

-Un perro, no una perra.

-Ah, bueno. Perdón. El sexo hace la diferencia.

-Sí -dijo Alicia moviendo rápidamente la cabeza en forma afirmativa -. Una perra, no es un perro...

-Está bien, tenés razón -interrumpió Mauricio. Tomó un trago de vino. Miró el vaso. -Bastante fulero el vino. No lo compres más.

-Quedate tranquilo. Es la última vez que lo compro -

La mujer dejó los cubiertos sobre el plato. Se levantó, llevando la vajilla usada. La perra lloraba tras la puerta.

-Dale unos Doguis, por lo menos.

-Dale vos, si tanto te interesa, la perra esa. Yo no le cocino más.

Mauricio se levantó, tomó la sartén y vertió en su plato todo lo que quedaba de hígado. Después lo alzó y lo llevó afuera. Alicia Fue a buscar la sartén vacía pero sucia y la llevó a la pileta.

-Ahora le das mi comida. Llevale el vino también así lo cata y da su veredicto.

Mauricio dejó el plato en la mesa, junto con las llaves del local. Y se dirigió al cuarto.

-Me voy a tirar un rato; estoy cansado. Te dejé los geranios para la señora Walsh en el mostrador. Rociá las fresas cuando te vayas.

Capítulo 7

Los girasoles linderos

Sobre las vías férreas, los hombres hacían su trabajo. Sus cascos amarillos, como los girasoles de los campos lindantes, eran los únicos capaces de enfrentar de lleno al mediodía. La arboleda había quedado atrás hacía unos cuantos kilómetros. Casi se perdía, junto a los rieles, en el horizonte que parecía ablandarse con el calor. Todo quedaba bajo los rayos del sol.

La zorra estaba estática sobre las vías. Un grupo de seis obreros trabajaban sobre los durmientes marcados; los martillaban. Picaban y paleaban el balasto. A cientos de metros, un hombre medía la inclinación transversal del carril mientras otro tomaba nota de los resultados.

-Menos dos grados –dijo Gómez agachado sobre las vías; Las gotas de sudor pendían unos segundos en su barbilla para luego caer sobre las calientes piedras de granito.

Pereira anotó en su planilla. Su cara estaba roja y transpiraba también. Pero el sudor se acumulaba en la frente. Avanzó cinco o seis pasos mirando los durmientes y luego indicó uno de ellos con su Bic negra.

-Éste -dijo.

Gómez volvió a poner cada extremo de la regla sobre uno de los rieles.

-Menos uno.

Pereira anotó y volvió a avanzar. Gómez se irguió e hizo sonar su espina, acompañando la acción con un gesto que se asemejaba al del dolor.

-Éste –volvió a decir Pereira indicando otro durmiente.

Gómez se agachó otra vez para colocar el nivel.

-Cero... ¿Cómo está?

- Bien –respondió Pereira secamente. Avanzó unos pasos -. Éste.

-Más cinco grados. ¿Los chicos?

-Ahí.

Mientras avanzaba, Pereira divisó un durmiente podrido. Sacó de su bolsillo una tiza y lo marcó con una cruz. Gómez miró a su compañero agachado. Luego llevó su vista al durmiente que acababa de marcar. Ambos lo miraban. Pereira volvió a usar su anotador.

-¿Necesitan algo?-preguntó Gómez.

-No, están bien.

-Mirá, decíle...

Pereira escupió al costado antes de responder; era una saliva espumosa, de sed.

-Yo no le voy a decir nada. Llamala y decíle vos.

-No me atiende ¿Qué querés? -dijo Gómez desviando su vista hacia los girasoles más allá del alambrado.

Pereira dio unos pasos y le indicó otro durmiente a medir.

-Menos dos... por eso estaba pensando si vos...

-A mí no me metas. Bastantes quilombos tengo yo.

-Sí, ya sé.

Después de negar con la cabeza, Pereira frunció el ceño como recordando algo. Hizo girar la hoja. Leyó el detalle de trenes a circular, miró su reloj de pulsera.

-¡Putá madre!- Exclamó al tiempo que llevaba su mano al silbato que colgaba en su cuello. Luego pitó.

-¡Vamos, che, estamos fuera del margen! Terminen con eso y saquen la zorra.

Los seis obreros cortaron un instante su labor y luego lo retomaron concentrados en las traviesas reemplazadas, rellenas y fijándolas lo mejor posible. Pereira y Gómez caminaban por las vías, en dirección al grupo. Caminaban rápido. El ruido de las piedras era lo único que se podía escuchar. Gómez observó los girasoles.

-Les dije que la sacaran- murmuró Pereira-, pero siempre hacen lo que se

les canta las bolas.

-Tengo que hablar con ella- dijo Gómez a sus espaldas.

Pereira no respondió.

-Mirá, la cosa no es tan así como las cuenta -agregó Gómez.

-No sé para qué existen las radios -Pereira llevó la mano a la radio que colgaba de su cinturón - ¿Este boludo no piensa avisar?

-Quería llamarla... no quiero ir para allá por ahora. Quiero esperar que las cosas se calmen.

Pereira giró bruscamente hacia Gómez.

-Loco, ¿vos no entendés? arreglalo con ella -miró a los hombres trabajando y presionó el botón de la radio -. ¿Ayala, me copiás? -no obtuvo respuesta. -Ayala, me copiás -soltó el botón y resopló; guardó el aparato -. Ves que son unos hijos de puta. Uno quiere hacer las cosas bien y siempre hay un pelotudo. Decime ¿qué les cuesta hacer las cosas bien? Este, estos otros, vos...

Gómez lo miró.

-Después pasa algo y yo me como el garrón. ¿No la pensás llamar?

-No me atiende.

-¿Y qué pretendías?

-Necesito hablar con ella. Los chicos...

-¿Ahora te acordás de los chicos?

-Siempre me acuerdo de ellos.

-Sí, sos el padre ejemplar.

Gómez cambió su rostro.

-No. Tendría que ser como tu viejo...

Pereira también cambió su rostro.

-Al viejo dejalo afuera. Te quiere matar ¿sabías?

-Siempre quiso.

-Motivos no le faltan y a mí tampoco.

-Sí –dijo casi riendo Gómez -, me había olvidado de vos. Vos también sos el ejemplo a seguir – Se tomó las manos con un aplauso al tiempo que negó con la cabeza y volvió a enfrentarle la mirada; la sonrisa había desaparecido-. ¿Ustedes siempre metiéndose en todo? Esto es asunto nuestro.

-Bueno, andá, arreglá las cosas, porque yo estoy hasta acá. No sé, llamala, encuéntrense por ahí porque a casa vos no vas.

-Sí, pero si no me atiende...

-No me expliqués nada. No quiero saber más nada. Arreglen sus cosas y chau -siguió caminando, pero se volvió otra vez hacia Gómez -. Y te digo una cosa, si le llega a pasar algo a la vieja te mato.

-¿Qué tiene que ver tu vieja? Dejen de meterse. Por culpa de ustedes...

-¿Cómo? -la voz de Pereira sonó ofendida - ¿Qué culpa de ustedes?...Qué te pasa.

Ambos hombres se enfrentaron.

-Me pasa que estoy harto de que se metan. Vos –Tocó la camisa azul del otro con la punta de la regla -, el forro de tu viejo...

Pereira quitó bruscamente la regla de un manotazo. Esta fue al suelo. Gómez siguió el trayecto y observó el impacto que quebró el cristal del medidor. Cuando alzó la mirada las manos de Pereira ya estaban sobre él. Se aferraron a la camisa de Gómez y empujaron. Y antes de que Pereira pudiera decir lo que quedó pendiente en su lengua, el talón derecho de Gómez se topó con el riel y lo hizo trastabillar. Gómez también se aferró a Pereira; con una mano, de su hombro izquierdo y con la otra del lado derecho del cinturón, donde pendía la radio. Esta se desprendió y chocó contra las piedras. Ambos rodaron abrazados por la zanja. Los cascos amarillos salieron de sus cabezas y tomaron rumbos diferentes.

Los otros obreros advirtieron el hecho y después de cierto asombro, corrieron al lugar. A la distancia y en velocidad, no podían distinguir las acciones. Eran una bola informe que por momentos giraba.

-¿Pereira, me copiás?

Gómez quedó sobre Pereira, y buscaba entrar de lleno con su puño en el rostro. Pereira le sostenía el mentón lo más alto que podía. Intentaron

separarlos. Unos sostenían los brazos de Gómez y tiraban para quitarlo de encima. Otros Intentaba quitar de abajo a Pereira. Gómez, a quien comenzaba a hinchársele el labio, forcejeaba para librarse de quienes lo sostenían; manoteaba y pataleaba con todas sus fuerzas, mientras lo arrastraban hacia el alambrado. Pereira tardó un poco en incorporarse.

-¿Pereira, me copiás? ¿Todo en orden?...

-iPará! icalmate! -dijo uno de los obreros que retenía a Gómez.

-iNo se metan, no se metan más!

Alguien le alcanzó a Pereira una botella. Escurrió la sangre que chorreaba de su nariz y luego se echó agua sobre la cara.

-Te equivocaste fiero, ya vas a ver.

-iAndá. Andá a amenazar a otro, forro!

Pereira lanzó la botella con bronca y volvió a avanzar. Intentaron retenerlo. Gómez quiso zafarse de sus compañeros. Los gritos eran múltiples.

-iParen!

-iCalmate!

-¿Pereira me copiás?

-iYa está, Gómez!

-iLa puta que te parió!

-Acordate del carguero de trece diez.

-iAguantá, Pereira!

-iBasta, che!

Cuando el maquinista hizo sonar la bocina, los ocho hombres aún estaban a cientos de metros de la zorra, buscando evitar aquel choque humano. El segundo bocinazo hizo girar la cabeza de los obreros. El tercero, el que se prolongó y acompañó la frenada, los hizo mover, llevando los brazos a la cabeza, agachándose, abriendo bien los ojos o cerrándolos, dejando salir gritos a algunos y un murmullo en otros. Los frenos no eran suficientes.

El sol avanzaba siempre a su ritmo y los girasoles lo seguían atentamente, apenas advirtiendo con el viento, qué es lo que pasaba del

otro lado del alambre.